
CAPÍTULO VI

SUMARIO

83. Disposiciones del sacerdote que debía celebrar el Sacrificio.—*En cuanto al alma*:—**84.** Confesión sacramental.—**85.** Deseos fervorosos.—**86.** Preces y salmos preparatorios.—**87.** Vigilia.—*En cuanto al cuerpo*:—**88.** Ayuno natural.—**89.** Baños litúrgicos.—**90.** Lavatorio de las manos y la cara.—**91.** Oraciones que recitaba el celebrante mientras se vestía los ornamentos.—**92.** Concurrencia de los fieles al Sacrificio.—**93.** El obispo no celebraba solemnemente sin los presbíteros, ni éstos sin los diáconos.—**94.** Colocación de los ministros eclesiásticos en el templo.—**95.** Posición de los ancianos, jóvenes de ambos sexos, vírgenes, viudas y casados.

83. Después de haber hecho mención de las personas y objetos que se necesitaban para celebrar el tremendo sacrificio de la Misa, es nuestro deber, en el presente capítulo, entrar de lleno en la descripción de su solemnidad, á cuyo objeto, útil será referir en qué consistía la admirable preparación del sacerdote que había de celebrarlo.

Santos é incomprensibles Misterios, los adorables arcanos de la Eucaristía requieren gran pureza y santidad en quien los administra. Un hombre, investido del carácter del Omnipotente, ha de mandar al supremo Jeraarca de lo criado que baje de su Real solio y se ponga en sus indignas manos; y para esto, es necesario sin disputa que éstas sean inocentes, y que la voluntad que ha de imperar esté labrada

con el martillo de la contrición verdadera. Si tanta limpieza y santidad, al menos exterior, exigía el Altísimo de los sacerdotes de la ley escrita, sólo porque se acercaban al altar y le ofrecían los machos cabríos, ¿cuánta pureza no exigirá de los ministros de la Ley de gracia, puesto que ofrecen en el altar al mismo Jesucristo, Hijo de Dios? Pero pide una santidad, no meramente exterior, que en este caso es secundaria, sino totalmente interior, por motivo de que manejan y comen la Carne del Salvador del mundo. Penetrados de estos sentimientos, los ministros de Jesucristo procuraron desde un principio hacer todas las posibles diligencias para disponer debidamente su alma y su cuerpo á fin de llegarse puros al altar santo. ¿Qué más? Llegó á ser esta hermosa práctica tan general, que la misma Iglesia prescribía ciertos ritos al sacerdote, con objeto de que éste se estimulase más en la preparación referida y el pueblo cristiano tuviese que admirar saludables ejemplos de amor y respeto hacia Nuestro Redentor adorable.

84. La primera gracia que el sacerdote solicitaba para su alma era la limpieza de pecados graves. Si por desgracia suya había caído en esta culpa, procuraba la víspera de celebrar deponerla en la confesión sacramental; mas si su conciencia no le remordía gravemente, no por eso estaba del todo descuidado que no temiese acercarse al Sacrificio, pues es cierto que, aunque por la misericordia del Eterno podemos acercarnos á la Comunión con pecados veniales, no lo es menos que llegarse voluntariamente con ellos es denotar que se posee un espíritu tibio, y que hay poco deseo de amar á Dios; á más de que el que así se presenta á comulgar se expone á obtener muy poco fruto del adorable Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Por esta razón, aunque no podamos descargarnos de todos los pecados veniales, conviene que antes de recibir al Señor Sacramentado nos dolamos de los mismos.

85. Éste fué el hermoso sentimiento que embargaba el alma de los primitivos sacerdotes; cuando se hallaban sin culpas mortales, pero con algunas leves, era práctica general

postrarse ante los pies del divino Redentor y dirigirle largas oraciones que se denominaban *apologías*, en las cuales, como en conveniente fórmula, se contenían actos de dolor de las culpas, actos de temor, actos de las tres virtudes teológicas, actos de deseo, etc. (1).

86. Á más de estas *apologías*, otras devotísimas peticiones eran objeto de las tiernas aspiraciones de aquellos venerables sacerdotes, que, juntamente con los salmos recitados, formaban un bello encanto á los cortesanos angélicos. Nada más tierno que estas reales alabanzas inspiradas por Dios al profeta David. En ellas, y sin salir de sus límites, se descubren toda clase de aspiraciones, toda serie de afectos, toda variedad de actos que impelen al amor de Dios, á creer en su autoridad y á esperar en su bondad. Sus palabras, tomadas en nuestros indignos labios, hacen que hablemos con la Majestad soberana, que le pidamos toda suerte de auxilios y gracias y que le obliguemos á conceder nuestras peticiones. Convencidos de esta verdad los primitivos ministros de Jesucristo, escogían los salmos que más á propósito conducían á la consecución de sus santos deseos. Solían recitar el *Quam dilecta tabernacula*, salmo 83, por el que expresaban el ardiente deseo de morar con Jesús Sacramentado y de habitar en su propia casa; el *Benedixisti Domine* y el *Inclina Domine*, salmos 84 y 85, por los que pedían al Señor misericordia de sus faltas, le daban gracias porque se había olvidado de ellas y le alababan y bendecían porque es omnipotente y bondadoso; también recitaban el *Fundamenta ejus*, salmo siguiente, donde cantaban sus grandezas; el *Domine Deus salutis meæ* y el *Memento Domine David*, salmos 87 y 131, por los cuales refieren al Señor sus trabajos y le ruegan se acuerde de ellos; finalmente completaban la oración con el eucarístico salmo *Credidi propter quod locutus sum*, y aquí se adelantaban á preguntarse qué es lo que devolverían al Señor por el beneficio de su santo Cuerpo y Sangre, finalizándola por ha-

(1) Véase el cardenal Bona que inserta una en su obra, *Rerum liturgicarum*. Lib. II, cap. I. §. I.

cer votos delante del pueblo. Algunas veces recitaban solamente tres salmos de los mencionados, como el *Quam dilecta*, el *Benedixisti* y el *Inclina Domine*. Varios sacerdotes, en tiempos posteriores, rezaban los salmos penitenciales ó algunos otros, según el espíritu que les animaba. Á principios del siglo V, el papa S. Celestino I ordenó que los presbíteros rezasen alternativamente el salterio.

Aun contando con las referidas preparaciones, había venerables sacerdotes que no se atrevían á celebrar porque consideraban los santos Misterios, dignos solamente de corazones purísimos. De algunos de aquéllos cuentan las historias eclesiásticas que, si la víspera del Sacrificio no tenían revelación de estar inocentes, no se atrevían llegar al altar, y otros esperaban ver la aparición del Espíritu Santo para proseguir el Sacrificio. Esto prueba dos cosas: 1.^a la santidad grande del Sacrificio Eucarístico, y 2.^a la indignidad del hombre en ofrecerlo; no obstante los mencionados casos, raros por cierto, no son dignos de imitación sino de admiración, ya que los varones que los experimentaban, aunque eminentes en santidad, no los procuraban sin el agrado de Dios; nosotros contentémonos con adquirir las disposiciones necesarias para celebrar el tremendo Sacrificio, reconozcamos nuestra indignidad, acerquémonos con temor y temblor, pero con firme y dulce esperanza de agradar al Altísimo, y dejemos lo demás á la soberana voluntad del que puede concedernos, si quiere, las mencionadas revelaciones y apariciones.

Antes de dar principio á la santa Misa, tenían los comulgantes laudable y necesaria costumbre de hacer examen acerca de la enemistad que hubieran podido tener con alguno, y si hallaban que sus conciencias les remordían en este punto, no se atrevían pasar adelante hasta después de haber solicitado el perdón á sus adversarios. Dije necesaria, porque hay precepto divino positivo de que el que tuviere algo contra su hermano, porque le hubiese dado causa, ó porque le hubiese cobrado odio, al ir á comulgar, deje la Comunión y vaya antes á reconciliarse con su hermano.

87. El aprecio que nuestros padres en la fe hacían del augusto Sacrificio, lo que se esmeraban los sacerdotes en aleccionar á los fieles con el ejemplo, y el deseo de todos en estar bien dispuestos para entrar en las bodas á la hora en que llamase el Sacramentado Esposo, eran de tal manera, que la noche anterior á la celebración de la santa Misa la pasaban en continua vigilia, rezando y cantando salmos é himnos, meditando en el beneficio que les iba á dispensar el Supremo Hacedor y derritiéndose en célicas ansias de unirse con el Rey inmortal de los siglos. Que esto fuese así, lo certifican varios autores, (1) quienes aseguran que por bastante tiempo se conservó costumbre semejante en la Iglesia griega, la cual, siendo por esencia conservadora de las antiguas tradiciones de la Iglesia Católica, nos demuestra por este laudable rito el fervor y la devoción de los primeros cristianos para con el Sacramento de nuestros altares. ¡Quién viera á aquellos atletas de los tres siglos de persecución, y aun de tiempos posteriores, reunirse por la tarde en las casas particulares donde se celebraba el Sacrificio, huír á las criptas y lóbregas mansiones de las catacumbas, y en estos lugares, y durante la noche, entonar himnos y salmos de contrición, esperanza, amor y alegría! ¡Quién los contemplara orando de rodillas y en el más profundo silencio, cuando las negras sombras de la noche cubren los espacios, cuando cesa de resonar el canto de las aves, cuando la humanidad entera yace postrada en el lecho del descanso, y solos ellos, únicos que en tales horas se acuerdan de glorificar á Dios, permanecen unidos en prolija oración, aguardando el lucero matutino que venga á anunciarles el término de la oración para empezar la Acción de los sagrados Misterios! Tiempos saludables, tiempos bonancibles, no sólo para los cuerpos sino más principalmente para el espíritu, eran aquéllos, cuyo recuerdo conmueve al alma y hace saltar de los ojos del cristiano una lágrima de ternura.

(1) Sócrates, lib. 2. hist. Eccles. cap. 8.

88. Si todas las disposiciones mencionadas eran respectivas del alma, veamos á continuación las del cuerpo, necesarias sin disputa, porque el cuerpo es ornamento del espíritu. En primer lugar se disponían con el ayuno natural, que consiste en no haber comido ni bebido cosa alguna desde las doce de la noche hasta después de haber comulgado. Esta santa práctica, hablando en términos generales, era conservada por nuestros padres, y digo en general, porque en algunos lugares no se guardaba, y aun en los mismos en que tenía lugar, no se consideraba como ley absoluta, por muchas respetables razones; primera, porque algunos querían imitar el ejemplo del Divino Salvador que se comulgó á sí mismo y comulgó á los apóstoles después de haber comido el Cordero Pascual; segunda, porque se celebraban varias misas al día, no sólo por la mañana, sino por la tarde y aún por la noche; y tercera, porque no estaba ordenado lo contrario; sin embargo, el espíritu de la Iglesia consistió siempre en optar por la mejor y más conveniente parte; de modo que aunque no estaba preceptuado guardar el ayuno natural, como se hizo más tarde, no obstante la generalidad de las iglesias no comulgaban sino en ayunas, pues es cierto, que más decoroso es para la gloria de Dios y honor de los cristianos, recibir el Cuerpo y Sangre del Salvador antes de tomar ningún corporal alimento, porque con eso preferimos al Dador de todos los bienes.

89. Con otra disposición, bien extraña, preparaban sus cuerpos la víspera de celebrar el Sacrificio: consistía en el baño litúrgico. La antigua sociedad pagana no podía pasar sin este suave refrigerio, mas la historia asegura que el baño entre los gentiles, siempre andaba mezclado con impurezas abominables que no se atreve la pluma á describir; sin embargo, los cristianos lo adoptaron en aquellos primitivos tiempos, no para fomentar la sensualidad, como los gentiles, sino para limpiar el cuerpo. Hacían uso de él antes de recibir el bautismo y cuando se manchaban con el pecado, particularmente con las impurezas sensuales; y á tal extremo llegaba esto, que apenas se atrevían entrar en

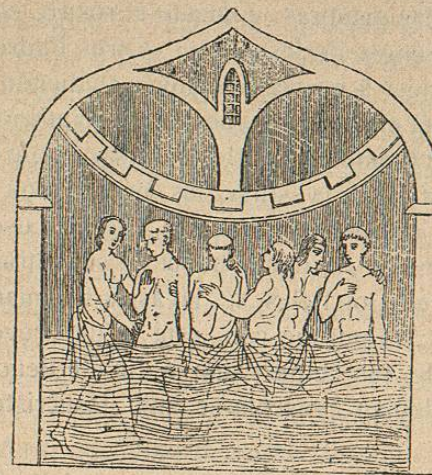
la oración ó en el templo de Dios, sobre todo en las festividades principales, si antes no denotaban su limpieza interior con la purificación exterior. Pero á quienes se prescribía principalmente los baños litúrgicos era á los sacerdotes celebrandos, observancia que tenía lugar la víspera de las mayores festividades del año y en algunas otras circunstancias. Para el efecto, en el recinto de las mismas basílicas é iglesias estaban construídos los baños; cada sacerdote, provisto de ropa decente para cubrir sus carnes, era acompañado de un *balneator* ó encargado de los baños, quien proveía al ministro del Señor de todo lo necesario. El Abate Martigny (1) reproduce una miniatura que, según él dice, existe en un manuscrito de la biblioteca de S. Pablo en Nápoles, en la que se ven dibujados tres clérigos sumergidos hasta la mitad del cuerpo y acompañados de sus correspondientes *balneatores*. En la parte superior de la miniatura parecen presidir el baño dos obispos y dos monjes. (Fotograbado 18.)

Laudables eran, sin duda, los baños litúrgicos; porque si es verdad que para acercarnos al altar hemos de estar principalmente limpios en el alma, no lo es menos que quien posea la limpieza del cuerpo denota profesar gran respeto hacia la Divina Majestad. ¿Quién osaría presentarse inmundo en el rostro, manos ó vestidos ante un príncipe?... Animados los primitivos prelados de estos piadosos sentimientos, ordenaron el cumplimiento de esta hermosa práctica, la cual se exigía de tal manera que no era permitido comulgar á los que durante el sueño habían padecido alguna polución, aunque por todos conceptos fuese involuntaria y sin culpa: esto no obstante, podía procederse á la Comunión, si, como dice S. Agustín, (2) precedía á Ella la compunción y la limosna.

☉. Á más de los baños litúrgicos, y aun en días en que éstos no eran visitados, tenía lugar el lavatorio de las manos y la cara; disposiciones, que asimismo eran pres-

(1) Diccionario. de antigüed. Eclesiast. art. Baños entre los primeros cristianos.

(2) Hom. 61.



Fotograbado 18.

critas para celebrar la misa. Los adoradores de las falsas divinidades, y los ingratos hebreos que tributaban el homenaje al Dios verdadero, se preparaban con semejante lavatorio para ofrecer los sacrificios respectivos de sus cultos; y los sacerdotes cristianos, únicos que pueden ofrecer el verdadero y único Sacrificio incruento, no podían por menos de adoptar un rito que, aunque de por sí sea indiferente, denota empero la limpieza y santidad que debe adornar al espíritu. Así, pues, se disponían los sacerdotes, teniendo presente que aquellas mismas venerables manos debían estar en contacto con el Dios Omnipotente, y que con aquellos labios y lengua iban á pronunciar las santas palabras consagratorias. Muchos santos padres hablan expresamente de esta práctica; S. Juan Crisóstomo (1) argüía de esta manera al pueblo antioqueno: «Dime, ¿elegirías llegarte al sacrificio con las manos sucias? Creo que no, sino que querrías más no comulgar que acercarte sin lavarte las manos». S. Agustín (2) añade: «Lleguemos al altar profiriendo estas palabras:

(1) Hom. 61.

(2) Serm. 47.

Perdónanos nuestras deudas, y teniendo la cara lavada; y con las referidas palabras, y lavado el rostro, comulguemos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo». Otros Padres y escritores dan á conocer la misma ceremonia, aludiendo á que mejor debe lavarse el alma que el cuerpo. El lavatorio de las manos está aún vigente en la Iglesia; el sacerdote se lava dos veces, una antes de vestirse los ornamentos sagrados y otra después del ofertorio. Según cuenta Eusebio, en los primitivos templos cristianos había á su entrada pozos ó fuentes para que los fieles se lavasen las manos antes de entrar á orar; no porque con esta agua creyesen quedar purificados de sus culpas, sino á fin de denotar la pureza con que debían presentarse ante Jesucristo. (Fotografado 19.)



Fotografado 19.

Pila de agua bendita de los primitivos tiempos de la Iglesia (1).

91. Durante la investidura de cada uno de los ornamentos recitaba el sacerdote algunas preces convenientes al espíritu de cada pieza sagrada. No se sabe de cierto su fórmula, ya que no existen monumentos bastantes para acreditarlo; empero podemos creer que serían semejantes á las que hoy se usan, pues las que se recitaban durante los siglos VIII y IX, insertadas en antiquísimos misales, vienen á

(1) Dibujo del autor.

expresar lo mismo que las del misal Romano, con poca diferencia en la sustancia. Eran unas oraciones muy devotas en las que se pedía á Dios las virtudes y auxilios correspondientes al espíritu de lo que simboliza cada indumento.

92. Llegado el día y momento en que la augusta asamblea de los fieles se había de congregarse para celebrar el tremendo Misterio; en medio de atroces persecuciones é investigaciones molestas de parte de los ministros imperiales para prenderles; aseteados por la calumnia y el insulto más grosero, y rodeados de numerosas dificultades que les hacía poco menos que imposible el poder reunirse para glorificar al Ser Supremo en su Hijo Jesucristo: los fervorosos cristianos, á la pequeña indicación de un diácono ó al menor aviso del presbítero, dejaban sus ocupaciones y aún el descanso, alegres, y disimulando su intento, aunque no sin recelo de que les observaran los lisonjeros espías de los presidentes romanos, caminaban en dirección á una iglesia enclavada en el interior y más retirado lugar de la casa de un particular cristiano. Llegados al templo del Señor, aguardaban en profundo silencio á los ministros de Jesucristo.

93. Bien pronto salían revestidos del lugar que llamamos sacristía el venerable obispo, acompañado de los presbíteros y éstos de los diáconos y cada grado de los demás inferiores ministros, porque, según S. Dionisio Areopagita y el libro segundo de las Constituciones apostólicas, los obispos no celebraban nunca solemnemente sin los presbíteros y diáconos, lo cual confirman S. Cirilo y las liturgias de Santiago y de S. Marcos.

94. La posición que guardaban las Iglesias docente y oyente en estas asambleas es digna de recuerdo. El venerable obispo con los sacerdotes iba al sagrario ó presbiterio y se colocaba en medio de él; á sus dos lados se colocaban en número conveniente los presbíteros asistentes, manteniéndose los diáconos en la primera grada, ó, como dice S. Dionisio Areopagita, asistían al obispo «solos los ministros selectos con los sacerdotes»; (1) cada uno de los demás mi-

(1) Lib. de hierarq. ecclesiast., cap. 3.º

nistros ejercía sus respectivos oficios. Entre ellos, el Lector subía al púlpito y colocaba las sagradas Escrituras, que leía llegado su debido tiempo; los ostiarios tenían cuidado de guardar la puerta por donde entraban y salían los hombres, oficio que desempeñaban las diaconisas para con las mujeres. Así lo leemos en el libro 2.^o de las Constituciones apostólicas, por más que en el 8.^o se lee también que este cargo estaba á la incumbencia de los diáconos para con los hombres y de los subdiáconos para con las mujeres. Á pesar de esta divergencia, no existe en este concepto contradicción alguna, pues dado el caso de que no hubiese una misma regla para todos los lugares, se comprende fácilmente que se practicase de distinta manera; á más de que, no habiendo siempre suficientes ministros para solemnizar el sacrificio, podían y aun debían los mayores desempeñar el oficio de los menores.

95. Á fin de que se conservase el orden y compostura en el templo, los fieles eran colocados según su condición y estado. Los hombres estaban completamente separados del sexo contrario; y para que la fragilidad humana no tuviera desliz ninguno dentro de la Casa de Dios, eran continuamente vigilados por los mencionados clérigos; los jóvenes se sentaban, si había lugar, de lo contrario permanecían de pie ó arrodillados; las jóvenes se colocaban al lado de sus respectivas madres; los ancianos se sentaban, teniendo al lado á sus hijos; asimismo las casadas, si tenían hijos pequeños, se les designaba su lugar correspondiente, á fin de que no estorbasen la devoción de los demás hermanos en la fe; las vírgenes y las viudas ocupaban un lugar peculiar y más honroso, por estar dedicadas á Dios. Finalmente, los catecúmenos, penitentes y energúmenos permanecían en el atrio de la Iglesia hasta que los despedía el diácono.

Anhelar debiéramos que en la época que atravesamos se exigiese en el santo templo de Jesucristo este mismo orden y compostura, con objeto de que se evitasen muchísimos abusos y escándalos, que son otros tantos pecados cometidos en la presencia del Dios Sacramentado. No inculpo á los

Señores párrocos ni á los presidentes de las Iglesias, ya que éstos, por su parte, bastante declaman contra semejantes profanaciones, sino á los fieles, en general, en atención á que gran número de éstos, no poseyendo un ápice de fervor, ni menos el espíritu de cristianos, entran en las iglesias, y, creyendo que están en las plazas públicas, se entretienen en hablar, hacerse señas, criticar y reír, cuando no ejecutar acciones todavía más abominables. Si la Iglesia exigiera hoy un orden semejante al antes descrito, se la llamaría intolerante y torturadora de espíritus; sepan, pues, los que sienten de esta manera, que en la antigüedad referida, no solamente exigía semejante orden, sino que había ministros eclesiásticos que tenían el cargo de velar sobre la conducta de todos los fieles para que no hablasen ni riyesen, durmieran ó impidieran á los demás fieles. Así lo ordenaban las Constituciones Apostólicas.